

SEGUNDO PREMIO

TÍTULO: UNA SUMILLER Y UN BROKER

AUTOR: JUAN CARLOS SOMOZA GARCÍA (BILBAO)

CONCURSO DE RELATOS AMOROSOS

Un cóctel de emociones



HOTEL SERVIGROUP
MONTIBOLI ★★★★★

Pda. Montiboli, s/n · 03570 Villajoyosa (Alicante)
www.montiboli.es · Tel: 96 589 02 50



UNA SUMILLER Y UN BROKER

La señal para localizar a una enóloga como yo era una copa, amoratada con un vino cardenalicio y opulento degustado en la terraza Alhambra, un rincón con encanto que olía a recuerdo. Y la prensa salmón, doblada debajo del brazo, identificaba a un dinámico broker como él. Cita a ciegas, después de un tiempo de correos cruzados a través de internet.

—¿Magdalena? —preguntó con una sonrisa, que me hizo pensar por un instante que efectivamente me encontraba en el camino al paraíso.

—Tú eres Carlos, el socio que viene a embarcarse conmigo en esta “Joint venture”... ¿Se dice así?... Una asociación de dos para un proyecto específico... si todo lo que expresaban nuestros correos tiene base y futuro.

Noté cierta admiración en su mirada dirigida al vestido negro, que destacaba mis formas sin exagerarlas, y cómo pasaba del cuello en “V” hasta perderse en mis ojos. Aprecié algo especial que fue de la sorpresa al optimismo, y luego cierta turbación que hizo que le invitara a sentarse sin demorar más la presentación.

—¿Qué quieres tomar? —pregunté.

—Un Manhattan, con unas gotas de angostura —respondió, añadiendo—. Supongo que conocerás la historia: un cóctel inventado por un barman llamado Black.

Su rostro risueño, el tono de voz y el comentario desataron aún más mis simpatías. Quizá no me había equivocado al acceder a la cita, que iba a permitir conocernos con mayor profundidad. No desaproveché la ocasión brindada para hacer un despliegue de mis conocimientos sobre la materia. Añadí:

—Puede que tengas razón, pero también hay quien se la adjudica a la madre de Churchill. Es pura especulación, y ese término sí que entra en la esfera de tu actividad.

Volvió a sonreír. Me quedé observándole y aprecié que los efluvios de su seductora actitud impregnaban el ambiente. Sus ojos extremadamente abiertos trataban de decir lo que sus labios entrechocándose no podían. En un momento percibí el aroma de un anochecer de flores narcotizadas, y acuné el cristalino sueño del agua que dormía en los estanques. Vino a mi mente el recuerdo del realismo mágico, elementos intuitivos pero no explicados... Apreté el silencio con los brazos, mientras los últimos rayos del sol conferían a la terraza una luz extraña, rojiza y temblorosa.

—Magda... ¿Te puedo llamar Magda? —Dijo, y continuó cuando asentí entornando mis párpados temblorosos que brillaban con intensidad— ¿No te importará que abuse de tu amabilidad para hacerte algunas preguntas sobre cócteles?. Me interesa tu criterio.

Pensé si me habría equivocado y estaría tratando en realidad con un ser cartesiano, extremadamente lógico, racional y metódico; incluso llegué a divagar sobre si me vería como a una cariátide, una columna con figura de mujer y vestida hasta los pies; pero acabé convenciéndome de que su única intención era la empatía, trataba de encauzar la conversación hacia lo que consideraba que podía ser más atrayente para mí, una curtida enóloga. Aún no era momento para sacarle de tamaño error, y contesté:

—Inténtalo. Será como la prueba ácida previa al éxito o la quiebra.

— ¿Es cierto que la papaya es la fruta inteligente? —Comentó— Se emplea en los momentos más ingeniosos. ¿Mandarinas y manzanas para mostrar el carácter más social? ¿Arándanos para las mayores satisfacciones? ¿Y lima, la fruta de la pasión, para los momentos divertidos?

—Lo siento —contesté con cara de resignación— Mis conocimientos en esa materia están expuestos a fluctuaciones, demasiada volatilidad. Confieso que de cócteles solo conozco uno: El deseo es su energía. Pasa una etapa de atracción fatal, luego una batalla de emociones para finalizar explotando cada una de sus virtudes. Los principales ingredientes son la complicidad, imaginación, juego, seducción, misterio, respeto, humor y transgresión. Sus claves son no perder las amistades, no invadir el terreno del otro, escuchar, los pequeños detalles, respetar los silencios...

Me miró con mis ojos tratando de robarme la emoción. Parecía embelesado por el tono de seducción y melodiosa cadencia de mis palabras, y por un instante me sentí furtiva entre los poros de la noche. Siempre me había gustado expresar emociones, no suscitarlas, noté sus huellas recorriendo mis cañadas y no pude sujetar mis manos, que se despezaron alejando sobre mi cabello ofreciendo un señuelo de esperanza.

—Magda —susurró las palabras— Me gusta la música y el arte, y soy profesor de Literatura en la universidad, no broker. Tengo aversión al mundo financiero; admiro el “oído absoluto” de Brahms y a Wagner, el diletante genial; la simbología freudiana de Dalí y el lenguaje de color de Kandinsky; y tengo grabada en mi mente la frase de Canetti: “muerto estaré el día que no escuche lo que alguien me cuente de sí mismo”...

—Te presentía —contesté con naturalidad— Yo sí soy enóloga, pero también escribo poesía, relatos... Es una pasión incontrolada. Y también tengo mi frase, es de Gabriela Mistral: “escribo poemas porque no tengo un niño para acunar en brazos por las noches”...

—Quiero que escuches algo —dijo, enigmático, y me dio un vuelco el corazón. No pude articular palabra, solo clavé mi mirada en la suya y esperé. Llamó por teléfono:

—Es el contestador automático —comentó guiñándome un ojo, y grabó su mensaje: “¿Carlos? Soy Juan. Estoy en el hotel. Lamento lo que tengo que contarte pero... es mejor así, tienes que saberlo cuanto antes, y yo igual me quedo unos días aquí, disfrutando del Mediterráneo. Tu amiga Magdalena tiene novio... formal, sí... para casarse. Quería decírmelo en persona, no a través de un frío correo electrónico. Bueno, decírmelo... decírtelo... a Carlos, a ti... no a mí... ya me entiendes. Fue idea tuya que yo te suplantara y quizá haya sido mejor así. Bórrala de tu computadora. ¡Ah! Y no me llames porque voy a desconectar el teléfono hasta la vuelta. Cuídate”.

Noté el viento despezándose entre las embrujadas palmeras, asenté en mi memoria el olor a salitre y aroma de piel que prevalece, y registré en mis oídos el sonido de los recuerdos doblando las esquinas. Luego, ilusionada, reclamé del barman dos copas. Alcé la mía mirando el vino largamente al trasluz, lo olí en lo más hondo antes de que jugara en mi boca para que, desnudándose, mostrara sus encantos, y dije:

—El vino te enamora. Es como cuando empiezas a conocer a una persona, tienes que ver sus cualidades y defectos.